

Una cuestión de orden

Miguel Ángel Baldellou

Desde que uno de los oficios más antiguos del mundo, el de arquitecto, al que Kostof comparaba con otros, seguramente tan públicos y notorios, tuvo necesidad de ser organizado, fue indispensable determinar los conocimientos teóricos y prácticos que debían poseer quienes pretendiesen actuar desde esa cualificación.

Desde que la Arquitectura se diferenció, por su complejidad teórica y práctica, de otras actividades paralelas, buena parte de las discusiones en torno a su naturaleza específica se centraron no sólo en determinar cuáles podían ser sus competencias sino también en el modo en que sus conocimientos debían, o podían, intervenir en la materialización de sus proyectos.

Desde entonces, el cómo vino a ser tan importante como el qué. Y desde luego como el cuánto.

Lo que a estas alturas resulta obvio para tantos, no parece serlo para muchos de los que en los últimos tiempos, entre nosotros, se han ocupado tangencialmente de la enseñanza al hacerlo de los planes desde la que se pretende organizarla.

Desde esta perspectiva, el ya largo proceso de elaboración de nuevos planes de estudio para la Arquitectura en España ha puesto en evidencia una ausencia llamativa de debate público no sólo sobre los contenidos sino también sobre los planteamientos mismos de lo que, en el fondo, parece un falso problema: el del cambio por el cambio.

La estrategia del contable

No es que piense que no deben evolucionar los planes de estudio al hilo de las condiciones sociales, técnicas o teóricas, sino que entiendo que deben ser éstas precisamente sus motores. Desde dentro de la propia disciplina, de su

autodefinición continua, es desde donde puede plantearse con alguna coherencia cualquier tipo de cambio.

Sin embargo, no ha sido ese el origen del proceso. Al contrario. Los motivos profundos de un cambio no buscado y, al parecer, escasamente deseado, han venido de fuera. Ello explica las discrepancias y las dificultades en lograr los acuerdos entre quienes estaban obligados a alcanzarlos, poniendo en evidencia la existencia de contradicciones internas ni siquiera planteadas.

Ahí radica a mi modo de ver la clave de la situación. El debate sobre la Enseñanza resulta inexistente en los centros docentes como práctica intelectual cotidiana. No es uno de los problemas que se plantean, aunque esté latente, ni entre alumnos ni entre profesores. Nuestro actual sistema docente, a imagen y semejanza de la sociedad de la que forma parte y de la que sólo es un reflejo significativo, está sospechosamente aletargado.

Se le ha propuesto a la propia Universidad una misión para la que no está convenientemente preparada.

A falta de un orden interno, intelectualmente hablando, se ha respondido entrando en un juego que podemos calificar como el de la "estrategia del contable".

La cuantificación de los créditos ha suplantado al debate que, en todo caso, debería haber sido previo.

Asimismo, y por razones semejantes, la reflexión latente sobre la profesión del arquitecto no sólo debería plantearse sobre la organización profesional. Sería, aquí también, una cuestión anterior, que afectaría a la propia naturaleza de la profesión de arquitecto y a sus formas de ejercicio en una sociedad cambiante.

En ambos niveles habría que plantear una cuestión de orden.

De un orden anterior y primordial, de carácter estructural. Sin él, toda posterior ordenación no pasará de ser un espejismo. Un Orden que caracteriza la idea de Arquitectura, que se refiere al modo en que la Razón controla las emociones más profundas, no puede enseñarse al margen del compromiso ni de la propia experiencia; no puede aprenderse fuera de la vocación. Significa para unos adquirir la madurez primera; y para otros, entregar al futuro sus esfuerzos.

Aparte de un conocimiento suficiente sobre los contenidos imprescindibles, que dependerán de cuáles sean los límites que nos impongan respecto a lo que consideremos imprescindible y suficiente, función de una ideologización oportuna, los estudiantes utilizan, o deberían hacerlo, el tiempo de sus estudios en adquirir una madurez que les permita utilizar adecuadamente los conocimientos adquiridos o, en último término, buscar la adquisición de los que les sean necesarios. Sólo así, por el propio interés, puede satisfacerse el conocimiento. De otra forma, su adquisición es una simple quimera.

En todo caso, no parece sencillo cuantificar el tiempo-tipo que requiere lograr ese objetivo. Si mantenemos el resto de las variables en su nivel actual, modificar a la baja los tiempos de permanencia de los alumnos en las aulas no parece una medida



Apunte del natural del cuaderno de viaje de R. Velázquez Bosco.

inteligente. Sí podría entenderse si mejorando los métodos docentes, disminuyendo la proporción profesor-alumno, dotando adecuadamente a las Escuelas, exigiéndoles el cumplimiento de unos mínimos de calidad homologables y una mayor cualificación de su profesorado, evaluando con eficacia su actividad docente e investigadora, se lograsen optimizar los recursos actuales.

Parece necesario plantear de nuevo una cuestión de orden.

Un análisis mínimo de la realidad de nuestros centros docentes debería estar en la base de una reforma eficaz. Se vería que quizás sobrase alguno.

Tanto como ese análisis y su debate posterior, habría que fijar, aunque fuese de forma elemental, atendiendo a lo fundamental, el perfil que se pretende para el arquitecto a formar en las aulas con los nuevos planes.

Ni el análisis ni el modelo han condicionado de modo sustancial un proceso en el que la discusión se ha planteado sobre lo cuantitativo: créditos arriba o abajo, en una discusión que a veces parecía de patio de vecindad, ocultando o queriendo ignorar las verdaderas intenciones. Planteada la lucha de los planes en el "reparto de créditos", como si esta unidad de medida tuviese un sentido universal y homologable, se ha desviado la atención de lo fundamental a lo adjetivo.

En último término, un Plan sólo es un medio, aunque importante, para conseguir unos objetivos. Pero si estos no se definen, cualquier plan propuesto puede ser tan malo como el vigente. O tan bueno. Será imposible saberlo en este caso.

La enseñanza eficaz ha sido posible en la historia reciente mediante planes teóricamente mediocres gracias a la reunión afortunada de excelentes profesores y alumnos. También al contrario: teóricos "buenos" planes han dado escaso fruto en circunstancias menos propicias.

Cabría pensar que, al margen del azar, habría que legislar lo "mejor" para la mayoría. Los extremos son tan inevitables como impredecibles. No esperemos que de las aulas salgan "genios".

Hace ya tiempo señalaba Coderch que "no son genios lo que

necesitamos ahora". Tampoco necesitamos "compañeros" como los que todos conocemos. Unos y otros, sin embargo, surgirán inevitablemente "a pesar de" los planes.

Planifiquemos pues "para la inmensa mayoría" que quería Celaya, teniendo en cuenta sus características. Conocer las de los arquitectos supone entender sus "modos" de adquirir el conocimiento, función del propio carácter de lo "arquitectónico". Compaginar la dedicación de Juan Ramón, "a la minoría, siempre", con la voluntad mayoritaria, supone un esfuerzo que me parece marginado entre nosotros, pero, por ello, cada vez más necesario.

La autoridad moral

Para que un nuevo Plan resulte convincente, tendría que proponerse desde una suficiente "autoridad moral", ausente entre algunos que pretenden alcanzarla desde esos mismos planes-plataforma, con personalismos asentados en consensos sobre sus votantes.

Hace algún tiempo, Gropius, desde su experiencia autorizada, recordaba que "todo ser humano sano es capaz de concebir la Forma. El problema no me parece en modo alguno la existencia de la capacidad creadora, sino, y en mayor grado, el hallar la clave que la ponga en libertad". Tan "fácil" como esa pretensión, de ella surgieron la Bauhaus y sus planes. La conjunción de objetivos y circunstancias favorables hicieron de esa escuela un modelo que no se pudo repetir utilizando sólo sus planes de estudio.

Mientras el enseñar y el aprender no sean necesidades respectivas de profesores y alumnos, su relación dialéctica será imposible y no dará los frutos deseados.

Mientras esté ausente el Orden, aquel que Kahn reclamaba desde la pura obviedad de la intuición basada en el esfuerzo, como cuestión previa, como esencia y reflejo de una estructura intelectual capaz de ordenar, ni la Arquitectura ni el modelo de Arquitecto capaz de llevarla a cabo ni, por supuesto, los planes requeridos para su formación, tendrán otro sentido que el que le otorgue una sociedad que ni siquiera es la de la Europa de los mercaderes (según Rafael de la Hoz), sino la de los especuladores.

En este contexto, ¿tendrá que refugiarse la Arquitectura en un ghetto habitado sólo por Arquitectos, obligatoriamente autodidactas, para volver más tarde de nuevo, después de otra travesía del desierto, depurada de tanto compañero de viaje interesado?

Es probable que estemos contemplando, sin saberlo, el final de la utopía del "moderno".

Tanto reclamar ilusiones perdidas colaborando al mismo tiempo en la consolidación del desorden interno, no sólo puede parecer paradójico; quizás sea también el anuncio del final de un ciclo viejo.

Pero, ¿puede ser el principio de uno nuevo? Sinceramente, no lo creo. Le Corbusier, que proponía como su posible primera lección, a unos genéricos alumnos, la transmisión del entusiasmo, lo tendría difícil.



Dibujo del natural. Nike Aptera. R. Velazquez Bosco. Viaje a Oriente de la Fragata Arapiles.